

## Monseñor Rafael María Carrasquilla en el Primer Centenario de su Nacimiento

Por MARIO QUECAN R., C. M. F.

Rafael María Carrasquilla, cuyo centenario del natalicio conmemoramos en el presente año, ocupa un puesto eminente entre nuestros grandes hombres. Por su inteligencia clara y robusta, por la amplitud y dominio de sus conocimientos y por la decisiva influencia que ejerció sobre las juventudes y sobre el público en general, su nombre puede muy bien juntarse a sabios e ilustres personajes por el estilo de Caro, Suárez, Cuervo, Pombo y Gómez Restrepo. Monseñor Carrasquilla, a semejanza de sus ilustres coetáneos, fue un hombre excepcional, ante todo como sacerdote y luego como ciudadano; dejó a la posteridad, en su vida y en sus obras, un monumento marmóreo, suficiente para dar nombre a una época de nuestra historia.

Lo primero que vemos en Carrasquilla es al orador. La voz común y el sentir unánime de competentes críticos le reconocen como astro de primera magnitud en la oratoria sagrada. Pero Monseñor Carrasquilla no solamente sobresalió en la elocuencia, sino que también extendió su acción a otros campos del saber.

Como orador sagrado, Carrasquilla no ha tenido igual en Colombia. Es cierto que se le acerca en muchos aspectos Monseñor Cortés Lee, quien, sin embargo, no llega a reunir las proporciones de Rafael María. Nuestro orador abarcó todos los géneros de la predicación, desde la sencilla homilía hasta el panegírico. No sólo se distinguió por sus pláticas, conferencias doctrinales y sermones, sino principalmente por sus oraciones fúnebres, en las que el discípulo igualó al maestro de la elocuencia francesa: Rafael María Carrasquilla llegó a equipararse con Bossuet. Desde entonces, así como los franceses llevan la palma en este género oratorio, de igual manera, Co-

lombia, entre los pueblos hispanohablantes, se puso a la vanguardia en la oratoria fúnebre.

Filósofo y teólogo de sólida contextura intelectual fue Monseñor Carrasquilla. Su pensamiento profundo y su dominio de las ciencias filosóficas fueron motivos más que suficientes para darle renombre y para que en la América se le llamara el *Mercier Colombiano*. De modo parecido el ilustre profesor de Lovaina, Carrasquilla, con su prestigio y saber, reunió en torno suyo a las juventudes, deseosas de conocimientos y de orientación. Desde la cátedra de Filosofía del Rosario no sólo se conquistó la admiración de sus discípulos, sino que dirigió certeramente y formó en lo intelectual a varias generaciones de jóvenes.

Como escritor, Monseñor Carrasquilla se cuenta entre los clásicos colombianos. Según el sentir de Antonio Gómez Restrepo, "sus escritos valen mucho, por la claridad y precisión del estilo y la fuerza y vigor de la argumentación, dotes que revelan en él al maestro de raza". Formado desde sus más tiernos años en la lectura de los clásicos, por fuerza tenía que ser clásico en sus escritos.

Entre la abundante producción literaria, los discursos que pronunció Monseñor Carrasquilla, en ocasiones memorables, siendo Director de la Academia de la Lengua, además de ser estudios en los que brilla un certero y hábil juicio crítico, constituyen su labor más selecta y acabada. En síntesis: Rafael María imprimió a su obra literaria un sello inconfundible; unió admirablemente su condición de sacerdote a la del humanista cristiano.

Considerando finalmente su aspecto magistral, la influencia de Carrasquilla, algo semejante a la del Cardenal Mercier en Lovaina, fue trascendental. Fue formador y orientador de varias generaciones de jóvenes; fue, por espacio de cuarenta años, Rector del Colegio del Rosario; fue catedrático insigne... He aquí la noble labor de este abnegado sacerdote. No resistimos al deseo de traer las concisas pero elocuentes frases con que Marco Fidel Suárez traza el retrato de Monseñor Carrasquilla como maestro: "Su anhelo en largos años, desde el orto hasta el ocaso, ha sido la educación profesional de la juventud, la formación de los eclesiásticos, la dirección de las almas, la defensa de la sociedad y de la Iglesia, el estudio y enseñanza de la filosofía, el cultivo de las letras, el ejercicio de la oratoria. Bajo su dirección el Rosario recuperó su genuino espíritu, y el doctor fue quien sacó del arroyo la piedra preciosísima para abrillantarla y ponerla

nuevamente en la corona de la república cristiana. Por esas aulas ha vuelto a discurrir el sano aliento de la filosofía cristiana, el aura vital del inmutable Aristóteles aplicada por el genio de Aquino a todo el sistema del cristianismo.”

Grande y abrumadora es la personalidad de Monseñor Carrasquilla. Considéresele ya como orador sagrado y escritor castizo, ya como filósofo y teólogo, ya como maestro de juventudes y sacerdote del Señor: en todos estos aspectos domina y deja huella imperecedera a la posteridad.

Es de elemental justicia, por lo tanto, recordar y admirar en esta fecha centenaria a quien ocupa un puesto destacado en la historia como gran figura de la literatura colombiana y del mundo hispánico. Al igual que el pasado centenario de Marco Fidel Suárez, el de Carrasquilla podría resultar de proporciones gigantescas y de resonancia no sólo nacional sino también extranjera.

Y a este propósito ocurre lo siguiente: año tras año se va haciendo necesaria la edición completa de las obras de Monseñor Carrasquilla. Este deseo, expresado repetidas veces por eminentes voceros de la cultura nacional, ciertamente no podría tener mejor oportunidad que esta efemérides, en la que, al mismo tiempo que se rinde un justo homenaje a Carrasquilla, se lleva a efecto la noble ambición de sus entusiastas admiradores. A sólo 27 años de su fallecimiento, aún es tiempo de recoger sus escritos, esparcidos en antologías, periódicos y revistas.

Y el llamado a esta labor patriótica y cultural no puede ser otro que el Instituto Caro y Cuervo, joven aún, pero de larga experiencia en estas publicaciones. Al estilo, pues, de las obras de Cuervo, esperamos tener para esta fecha jubilar los escritos completos de Monseñor Carrasquilla. Este será, sin duda alguna, el mejor homenaje de Colombia a uno de sus hijos más preclaros y una de las máximas figuras de las letras patrias.

(Tomado de la Revista *Virtud y Letras*, diciembre de 1957).

## Mons. Rafael María Carrasquilla

Por CARLOS DELGADO FERNANDEZ

Si de José Eusebio Caro pudo decirse que su obra más gloriosa fue sin duda alguna su hijo Miguel Antonio, “el colombiano que más vivamente ha dejado marcada la impresión del genio”, tal afirmación tiene también un exacto cumplimiento en el caso que nos ocupa, Rafael María Carrasquilla, quien pudo decir de su ilustre padre que “le debí mi educación desde que tuve la primera percepción en la cuna, hasta los tres primeros años de mi sacerdocio”.

Hijo del poeta y escritor Ricardo Carrasquilla de origen caucano y de doña Emilia de Carrasquilla, hija del prócer de la independencia José M. Ortega, vio la luz en Bogotá el 18 de diciembre de 1857. En el templo de su hogar reconocido como uno de los “más ilustres del pasado siglo” aprendió las primeras letras y las básicas nociones de una formación espiritual infundida por su preclaro padre, educador famoso, con un cuidado de mil días.

Sin exageración pudo decir, sobre la obra de su padre en su mente y en su corazón con satisfacción profunda, que “hasta los tres últimos años de su vida sobre la tierra le debí mi formación, tuvo decisiva autoridad sobre mí. Me inspiró para con él un amor tal, que no creo que quepa en el corazón afecto natural más intenso y vivo; se ganó mi más absoluta y ciega confianza, hasta el punto de confiarle mis propias faltas; se hizo mi amigo íntimo irremplazable y después no reemplazado. No estuve con él en el colegio sino en una clase de religión, ni yo alcancé a estudiar en aquella época sino las materias más elementales. Y sin embargo, sin darme clases ni señalarme lecciones ni tareas, ni hacerme leer por mi cuenta libro alguno, cuando llegué al seminario, me admitieron directamente con lo que sabía a los cursos de teología sagrada”.